

PILAR LAURA MATEO

Cortando el aire



Click
EDICIONES

Índice

[Portada](#)

[Dedicatorias](#)

[Citas](#)

[Desde el ventanal...](#)

[LUNES](#)

[1](#)

[2](#)

[Enero de 1997](#)

[MARTES](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[18 de abril de 2003](#)

[6](#)

[MIÉRCOLES](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[Marzo de 1999](#)

[JUEVES](#)

[10](#)

[11](#)

[25 de marzo de 2003](#)

12

VIERNES

13

14

3 de mayo de 2003

15

16

17

18

SÁBADO

19

20

Agradecimientos

Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

*A todas las mujeres que quieren olvidar
alguna parte de su vida*

*A mis queridos África y Rubén,
para que no me olviden*

A Julián, que es parte de mí

Somos nuestra memoria, somos ese
quimérico museo de formas inconstantes,
ese montón de espejos rotos.

(JORGE LUIS BORGES)

La memoria tiene dos ojos, uno
perdido en copias de la sangre, otro abierto
a calles que el abajo les tiembla.
La sombra del pasado se ata
al pasado que no sucedió.

(JUAN GELMAN, *El emperrado corazón amora*)

Cada uno tenía su pasado encerrado dentro de sí mis-
mo
como las hojas de un libro aprendido de memoria; y sus
amigos solo podían leer el título.

(VIRGINIA WOOLF, *La habitación de Jacob*)

La diferencia entre el pasado, el presente y el futuro
es solo una ilusión persistente.

(ALBERT EINSTEIN)

Desde el ventanal se divisaba entero el litoral del golfo. La línea negra de los astilleros, las oscilantes luces de la dársena, los faluchos custodiados por cientos de gaviotas en busca de cena e incluso las pequeñas dornas alineadas dócilmente en sus amarres tenían un lugar asignado en la maravillosa fotografía. Más cerca, justo bajo el edificio de apartamentos panorámicos, dormitaba la pequeña bahía pedregosa con sus crestas de espuma alzándose como ribetes de blonda sobre la vastedad azul. Y, aún más, los días claros se podían ver en lontananza las estribaciones de los montes de Ordunte, un fondo de lujo para su nido de amor. «Una vista de ensueño», le dijo él cuando compraron el ático, y ella le dio la razón porque la enormidad del paisaje cautivaba el ánimo y el entendimiento.

De tanto mirarlo, ella acabó por aprendérselo de memoria. Se sabía a la perfección todos los ángulos y encuadres, podía reproducir en su cabeza hasta los más mínimos detalles: la línea de la marea, el rizo de las olas batiendo en los rompientes, el centelleo del amanecer sobre la lisura plateada, la longitud que alcanzaba la estela de la luna en cada una de sus fases... Podía, incluso, describir las distintas tonalidades del aire dependiendo de la hora del día. No importaba que estuviera oscuro y la lluvia enturbiara la visión, ella seguía viéndolo todo con la misma nitidez y facilidad con la que bordaba en sus lienzos motivos cada vez más tristes.

No era por casualidad. Con el paso del tiempo, aquella postal, tan envidiada como alabada por las visitas, se había convertido en su única compañía dentro de una casa que poco a poco lo había ido perdiendo todo: la calidez de las miradas, las palabras tiernas, el placer de las caricias y, sobre todo, ese olor a mar abierto y a piel masculina que tanto amó al principio.

Sí, con el paso del tiempo, en aquel ático perfecto solo quedaron la postal, los bordados y ella, encaramados los tres a un ventanal-nido al que no llegaba ninguna voz humana. Las gaviotas lanzaban una y otra vez sus rudos graznidos y las embarcaciones iban y venían sin detenerse nunca en aquella bahía en la que su carne se secaba al sol. Inactivo, inapetente y angustiado, su cuerpo languidecía. Dentro de aquel buque fantasma los días se sucedían unos detrás de otros, tristes y monótonos, sin perspectiva ni horizonte, hasta que llegó uno en que ella se sintió tan sola, tan insoportablemente sola, que ya no supo decir si era una mujer o un pozo donde cualquier deseo había sido enterrado. Ese día la soledad la envolvió como un sudario y ya no hubo vuelta atrás.

Fue ella, la tremenda soledad, la que la forzó a buscar al amparo de la niebla a todos esos hombres desconocidos. Fue la intolerable soledad la que la obligó a escapar del pasado y huir de una casa en la que solo subsistían los restos del otro olor, el de siempre, el del mar muerto, encharcado, encarcelado en un barrio portuario. Fue la permanente y lacerante soledad lo que la obligó a acabar con la parte de sí misma que aún amaba a aquel hombre a pesar del mal que le estaba causando.

Así que un atardecer se lo dijo. Le dijo que se iba. Que ya no soportaba que la abandonara durante meses y meses en esa casa vacía, ni le perdonaba que desapareciera noche tras noche en el calor de otro cuerpo. Se lo dijo sin más ni más y de corrido. No volvería a quedarse sola, no pasaría horas y días pegada a la ventana como un mascarón de proa a la deriva, esperando ver aparecer su barco en el horizonte, ni tampoco le guardaría la cama durante su ausen-

cia porque se iba de aquella casa-prisión para siempre. Se iba porque no quería continuar viviendo así, ni sentirse asfixiada por la duda de si él seguiría deseándola mañana o, por el contrario, la saciedad completa había llegado al fin. Se lo dijo de un tirón mientras él apuraba su copa frente a ella, y después le mostró como colofón su ajuar deshecho puntada a puntada en la soledad de su casa yerta. «¡Míralas!, exclamó, poniéndole delante todas las telas, antes esmeradamente coloridas, y ahora cubiertas por un blanco virginal. «Para bordar, primero hay que vaciar el lienzo», le enseñó su madre, y ella así lo hizo.

Se lo dijo, y no le costó demasiado porque a esas alturas la parte que aún lo amaba, si es que aún existía, debía de ser muy pequeña y renqueante. Se lo dijo, y por toda respuesta él se levantó de su silla y empezó a zarandearla escupiendo por su boca cuatro palabras: «¡Tú no eres nadie!». Solo esas cuatro palabras, repetidas una y otra vez mientras le rasgaba la ropa de arriba abajo. Su blusa de blanco algodón bordado y la falda estampada de piqué quedaron hechas un gurrño en el suelo.

Sobre la mesa aún estaban los restos de la cena que ella había preparado dos horas antes. Dentro de su botella, el vino lanzaba destellos irisados bajo la luz del crepúsculo mientras que las copas, antes refulgentes, se veían sucias y llenas de huellas. «¡Tú no eres nadie!», gritaba empujándola con violencia contra el sofá y golpeándole con el puño en las mejillas, los brazos y los costados desnudos. «¡Tú no eres nadie!», mascullaba cuando le separaba las piernas a la fuerza antes de lanzarse rabioso sobre su cuerpo.

Para entonces, ella sabía que el precio que pagas cuando te deshaces de lo que te aprisiona es muy alto, y aguantó. A pesar del tremendo dolor, mantuvo su cabeza erguida y a través del ventanal abierto pudo contemplar cómo las nubes, bronceadas por el ocaso, se convertían en una cordillera dorada. «¡Tú no eres nadie!», aullaba él arañándole la cara mientras las cortinas, cada una con su ráfaga de viento, flameaban en un riguroso batir de alas. «¡Tú

no eres nadie!», rugía jadeando sin control sobre su pecho una y otra vez.

Pero ella ya no le oía porque volaba libre sobre las playas grises y arenosas del saliente. Volaba y planeaba sobre la costa como una cinta sometida al capricho del viento. Volaba y se elevaba ingrávida por encima de las rocas porque había dejado en tierra la viscosa sensación que mantenía su piel pegada al suelo...

Ya nada la retenía en aquel pasado ingrato, así que surcó el aire volando sin esfuerzo alguno y alcanzó a las gaviotas. Ascendió y ascendió sin parar hasta rozar el velo anaranjado de las nubes. Subió y subió cada vez más arriba, cada vez más alto, cada vez más allá, hasta convertirse en un minúsculo punto sobre el azul del mar.

LUNES

1

El hospital donde Lucía acaba de pasar una de las horas más extrañas de su vida queda al final de un *cul-de-sac* de un solo carril y doble dirección. Semejante arreglo obliga a regular el tráfico con un par de semáforos, uno colgado sobre la intersección de la calle como un avechicho disecado y otro a la entrada de la rotonda. Así, cuando uno da paso a los que van, el otro deja a los que vienen en espera, y a la inversa. En las horas punta ese ritmo cansino provoca la formación de sucesivas colas de coches que aguardan pacientemente a que el disco correspondiente se ponga verde para transitar por una calle que parece un calcetín. Una vez dentro, se avanza prácticamente en fila india hasta que, pocos metros más allá, el asfalto termina de golpe en una constreñida glorieta en cuyo centro se yergue un olivo molido a navajazos. Allí giran los vehículos para cambiar de dirección y poder volver por el mismo camino que ya han recorrido, y allí es también donde la deja el taxi que la ha traído.

Lucía se apea cohibida sin ninguna prisa del coche y mientras el taxista inicia a regañadientes la maniobra de vuelta, ella observa el entorno. Todo a su alrededor es irregular. Las casas de protección oficial se apiñan en una única acera, mientras que la otra, lindante con un descampado, serpentea entre solares llenos de maleza y basura. Tan asombrosa urbanización produce la impresión de que la calle está a medio hacer, aunque eso no parece motivo suficiente para restarle inquilinos; por el contrario, muchos detalles indican que los pisos albergan a más gente de lo

aconsejable. Las ventanas lucen un extenso catálogo de prendas que se agitan como pancartas sobre tendedores mohosos y el revoque de los muros derrocha grafitis y manchas diversas que disimulan varios agujeros destinados a un uso, cuando menos, sospechoso.

Como el día es húmedo y soleado, hay insectos zumbando y aleteando por todas partes. En las parcelas próximas al hospital, nubes de mosquitos se desplazan de un matorral a otro compitiendo en densidad con la fumarada de gases que culebrea por las aceras, y con un montón de moscas glotonas que se agitan pesadamente sobre charcos pútridos cubriéndolos con un manto negro y brillante. No parece sino que una fuerza telúrica hubiera arrojado a un ejército de insectos sobre el terreno como vanguardia de una guerra bacteriológica pero, como nadie les hace caso, Lucía deduce que son habituales del lugar.

No lo esperaba, pero evidentemente se encuentra en el extremo de un suburbio, un carasol grasiento en el que dormitan perros sin dueño y donde flota un insufrible olor a letrina que, casi seguro, proviene de la saturación del alcantarillado. Aparte de eso, el tráfico del único carril es constante, amén de los numerosos transeúntes que cruzan la calzada en una y otra dirección originando una procesión increíblemente mareante.

El hospital es un edificio pequeño, de solo cuatro plantas, y tiene exactamente el aspecto que cualquiera imaginaría para un lugar así. O sea, la consabida caja de zapatos adusta y gris. Frente a su puerta se abre una zanja de unos seis metros de largo, salvada con un par de tablones que permiten llegar hasta el empedrado del porche. Lucía cruza el improvisado puente con pasos vacilantes y, una vez en tierra firme, toma aire como si fuera a iniciar una carrera campo a través.

Dentro no es mucho mejor. La luz ortopédica del vestíbulo la obliga a parpadear varias veces, el aire apesta a lejía, formol y otros productos medicamentosos que ella no logra identificar y el terrazo del suelo se ve rajado de parte a parte y como si hubiera sido aplastado por el peso de las

chirriantes camillas. La verdad es que todo lo que ve recuerda más a un centro asistencial reciclado que a una clínica acreditada, pero mejor no sacar conclusiones antes de tiempo.

Tras unos segundos parada en medio del continuo trasiego de la recepción, decide dirigirse al mostrador de admisiones, donde una rubia cetrina le informa de que tiene que subir a la última planta: «Cuarta a la derecha, y pregunte por Sergio Rivas. Es el neurólogo que lleva ese caso». Ella se sonríe al escuchar la expresión «ese caso». Es, al parecer, lo que son las personas como ella y Adolfo: casos asignados a alguien para ser estudiados concienzudamente, realidades anómalas que necesitan de una adecuada interpretación. Glorioso destino, sin duda.

La gente se apretuja dentro de la cabina del ascensor, pero al llegar a la cuarta todo el mundo ha desaparecido y, en el rellano de la planta, del que parten dos alas contrarias, solo ve a un tipo gordo vestido con un pijama azul desvaído que apenas da de sí para taponarle la barriga cervecera. El individuo se está quedando calvo y lleva el escaso cabello gris atado en la nuca con una cinta negra. Con su rala coleta y la barba entrecana cayéndole sobre el pecho, compone una figura cuando menos llamativa. Por la pinta, se diría que se trata de un hippie trasnochado y un poco ido. Cuando Lucía le pregunta por el despacho del doctor Rivas, él le lanza una mirada entontecida y encogiéndose de hombros murmura:

—Le conozco, le conozco. Es el de las momias.

Lucía no puede evitar un respingo al oír aquello y a punto está de preguntarle qué quiere decir con eso pero, antes de que ella pueda abrir la boca, el hombre le señala una puerta al final del pasillo del ala derecha. El despacho es pequeño y aséptico y el médico que responde al nombre de Sergio Rivas está sentado tras la única mesa. Le calcula algo menos de cuarenta años, pero podrían ser más. Delgado, estatura media, pelo castaño claro y ojos color caramelo. Tiene la sonrisa franca y una mirada cálida y sosegada. La saluda tendiéndole tímidamente una mano cuyo